

Yo no sé si la broma ó tomadura de pelo del periodista en cuestión resultaría divertida ó pesada: el que asista á las funciones de la temporada aludida (yo prometo mi ausencia) podrá enterarnos de si la broma de 1903 pudo resultar verdad en 1999-2000.

Como el plazo no es corto, podemos aguardar sentados.

El arte nacional por excelencia

Para Marcos Jesús Bertrán

Ha roto usted una lanza en honor de *La Damnation de Faust* que, transformada en leyenda dramática, sin anuencia de Berlioz, acaba de representarse en el teatro del Liceo. El denuedo y bríos que usted ha demostrado en tan reñida justa en favor de nuestra cultura musical, interesáronme á mí también (*honnei soit qui mal y pense*), como usted podrá suponer; de un lado, por la simpatía promovida por el valiente y esforzado campeón, y de otro por el interés que me merecía la obra, y no menos por los resultandos y consecuencias que del tal empeño de honra iban á deducir los buenos observadores de signos de los tiempos, como usted, con objeto de pronosticar si el Briareo de mil cabezas que tiene encantada á la Dulcinea de nuestros amores (ó si usted lo quiere de otro modo, á la princesa Micomicona de nuestra señora la Cultura artística) prolongaría su tristísimo cautiverio otro lapso de tiempo tan largo como el que transcurrió desde la última derrota... número no sé cuántos: en blanco.

¿De qué se trataba? De que le entrase ahora al público la obra ilustrada con personajes, decoraciones, indumentaria y demás prestigios escénicos lo que ni á duras ni á blandas penas tampoco le entró cuando el

amigo Nicolau nos la dió, á palo seco, tal como la concibió Berlioz. Sin preámbulos ni circunloquios confiesa usted que ha salido con las manos en la cabeza, perdida toda confianza de encauzamiento de cultura, hasta el extremo de desesperar, exclamando, ante la indiferencia del público, «que no está en condiciones de que la obra le guste, y que si acaso no ha llegado á perder la ocasión de saborear lo bueno, será porque el público es un *indiferente*, ni más ni menos». Sí, amigo. Y si «esto es lo más probable», hay que confesar con usted también «que es lo más triste».

Dejemos á un lado averiguar si Berlioz destroza á Goethe, si quiso hacer *esto*, lo que ahora se ha hecho, ó lo *otro*, lo que hizo él: si el arreglador señor Gunsburg ha mutilado, á su vez, á Berlioz, mereciendo los dictados de asesino, bárbaro, sinvergüenza, con que éste increpó, en nombre de Weber, al que destruyó *Freischütz*, para convertirlo en un pacato *Robin des bois*: dejemos también á un lado pensar si haciendo *directamente* lo que Gunsburg ha hecho *indirectamente*, hay en esto el germen de una nueva forma de arte, no ensayada todavía, la misma sinfonia dramatizada, á la que no han llegado ni llegarán por los rumbos emprendidos los fautores modernos de sinfonías con programa literario ó aleluyesco; dejemos á un lado todo esto. Se trataba, lisa y llanamente, de que al público le entrase ahora, ilustrado *á la vista*, aquello que antes tampoco le entró sin ilustrar por los oídos. Y á los pesimismos de usted, ¿por qué no he de añadir yo la monserga de los míos?

¿Qué obra de cultura musical cabe, amigo Bertrán, en un público que, dígame cuanto se quiera, empieza por demostrar una y otra vez, y mil veces más, que no tiene afición á la música? Lo que parece tal ó es *snobismo* ridículo ó indiferencia á todo espectáculo artístico que no sea el que se da á sí mismo el que concurre á ellos para contemplarse y contemplar á otros individuos que se dan como él en espectáculo. Esas aficiones del público á la música son voces que hacen correr por ahí los complacientes gacetilleros. Voces exactas á las que nos atruenan todos los días los oídos y que, según las

cuales, gracias á los *trucs* de reclamo de dos chuscos jaleadores, conceden á cada español una inteligencia tal en el arte de Praxiteles y de Fidias, como si no hubiese por ahí ninguna estatua decapitada, ó cuando menos desnarigada. Voces son también las que hacen correr los mismos complacientes caballeros cuando se habla de las aficiones de nuestro público á la pintura. Traducidas en hechos y no en aficiones *pintadas* en la pared de enfrente, que se lo pregunten á nuestros mejores pintores, y ellos responderán por nosotros, los que los contemplamos cruzados de brazos, rogando á la diosa de sus devociones mejore sus horas.

¿Aficiones literarias? Tabla rasa. Las dosis infinitesimales literarias que se sirven ilustradas con muñecos por diez céntimos semanales, se atragantan sin los aperitivos de Xaudaró, Sileno, Gotor *e tutti quanti*. ¿Aficiones al estudio? Recórranse las solitarias bibliotecas: dos estudiosos, con trazas de tales, por una veintena de escolares reclinados allí para leer novelas ó, desaparecido en la casa de empeños el libro de texto, echarle un vistazo entre novela y novela? ¿Y qué aficiones denotan las salas vacías de los museos?

Desengáñese usted, amigo Bertrán: aquí no hay más que un arte, un sólo arte nacional, y á todo tirar un arte y medio: el toreo y el género chico. ¿Hay acaso afición que pueda compararse á la lidia taurina? Afición sin cultura; afición de público más *fiero* y más *fiera*, á veces, que la mismísima honrada bestia que se ofrece en expiación del fuerte, del ser inteligente, de la cobardía que azuza desde la barrera: afición de bajo imperio, de raza rebajada, pero afición de tan estupenda connaturalización española, que tiene hartura de público, carroña de vicio y literatura; sí, literatura y hasta bibliotecas, literatura de vulgarización con revistas á docenas, que se leen apenas terminada la lidia, apenas enfriada la sangre del último caballo despanzurrado, ó yacente aún el infeliz matador, ¡el único héroe para el vulgo de arriba y de abajo! en la enfermería, poetizada y divinizada por el cuadro y por el romance callejero de cordel.

Ya quisieran para sí la música y los músicos y los

escultores y los pintores y los que andan en bregas de letras, ya quisieran para sí esas apoteosis y esos alaridos de luto nacional que promueven la proeza de un torero ó la cornada de un toro.

Del otro medio arte no quiero hablar ni aun desinfectando estas cuartillas. Merece señalarse con carbón que la mayoría de los críticos musicales que disfrutamos ahora han hecho su aprendizaje en la revista y en la literatura crítica taurina. ¿Habrás visto *viceversa* como éste, ni aun en el mismísimo país de los *idem* más encalabrados? ¿Se lo explica usted? ¿No? Pues yo tampoco. Barrunto, sin embargo, que entre una y otra función de crítico, ha de existir la analogía oculta de que, como aquí todo se torea, todo es toreado, y la música también. Eso será.

En suma, que en materia de pintura estamos en la época del cromo: en escultura, en la de mutilarlas ó de robar los arrequives de las mismas ó de los basamentos: en literatura, en la de la novela á cuartillo de real la entrega, y en música, en el terreno terciario de la indiferencia del perdonavidas *snob* ó *filisteo*, sin haber llegado, ni por asomos, á la capa superior, música.

¿Qué esto es exagerado! Y yo pregunto: ¿Qué posición artística, artística, digo, y no siquiera la social, la del mísero garbanzo, ha creado el público de nuestro país á un solo artista digno de tal nombre? Cíteseme uno solo. Y ¿qué posición ni qué ocho cuartos ha de crearse ningún artista, si el público no otorga autoridad á nadie para que le ilustre, le endulce las horas tristes de la vida, le ennoblezca, le guíe proporcionándole el pan, no el de trigo tan sólo, sino el *otro*, de que *también* vive el hombre? Al que sube y se encumbra se le ayuda en todas partes; aquí se tira de él y (frase consagrada) se le revienta: la caricatura de la cucaña, ya le recuerda usted: tápese usted los oídos, para no oír los gritos del *snob* y del *filisteo* vociferando: «¡Abajo! ¡abajo!»

Indiferencia y no más que indiferencia, y lo que es más irritante, con aquel aire de perdonavidas que usan por todo traje los *snob* y los *filisteos* y que tan divertidamente les sienta.

«En el Liceo—dice usted—se ha aplaudido *todo* el repertorio italiano con unos trajes que ya nacieron viejos... con un decorado de teatro (de la *patacada*) malísimo... con un gótico que no ha existido nunca.» Bueno, ¿y qué? Y que también se hayan aplaudido óperas *travesties* ataviadas de una manera inverosímil, y que ahora se haya derrochado tanto con *Dannazione*, y que el público tolerante de ayer, á quien le gustaba la tortilla con patatas, pida ahora, con intransigencias cómicas, huevos fritos y patatas fritas, bueno, ¿y qué? Allá él con sus gustos tolerantes ayer, intolerantes hoy. ¿No tiene todo lo que desea para quedar beatíficamente satisfecho en medio de su indiferencia?

Ni sentirá el frío que reina en la sala de espectáculos, ni le importará un comino que, «retiradas las obras de Wagner, echadas á un lado las de Weber y otras escogidas», no sepa usted ni nadie qué género es el llamado á ocupar la escena.

Afortunadamente para usted, la contestación se la dió, sin pronunciar una sola palabra, el que rondaba las puertas del Liceo. ¡*Voilà l'ennemi!*

¿Es esto decir que los indiferentes que señala son carne de cañón de *Boheme* á perpetuidad? Pues mire usted, amigo Bertrán, á los indiferentes de la *Dannazione* todavía hay quien los gana en pujos de *snobismo* y de *filisteísmo*; aquellos *snobs* y *filisteos* de capital de provincia de cuarto orden (no diré cuál, aunque el hecho sea histórico) que le telegrafiaron, no ha mucho, á Puccini: «Venga usted á recibir el aplauso y los agasajos de las mejores sandías y melones que por aquí se crían, de un público que le admira, ama y canta su música con más entusiasmo que la de género chico.»

¡Venga de ahí! y ¡olé tu mare!

¡Las cosas que hace el hombre para defender y ocultar su estado natural de tontería supina!

LITERATURA LIBRETESCA

Para definir esa clase de *literatura*, llamémosla así, que casi nunca merece el nombre de tal, bastaría decir, glosando una definición muy conocida, que lo que no vale la pena de decirse en verso, ni siquiera en prosa, se canta ó se baila, y ahí están para no desmentirme no pocos libretos de ópera pasados y presentes, todos los argumentos de grandes bailes de espectáculo y casi todas las currincherías literarias y musicales que producen los currinches musicales y literarios del género chico ó ínfimo, lo mismo da.

De esas currincherías no hablemos una sola palabra más. ¿A qué emplearlas en balde tributándoles el honor de una mención que no merecen?

De las otras currincherías literarias, de las de ópera, por ejemplo, vale la pena de decir algo. El *libretto* entraña una grave cuestión de estética dramático-musical. Podría haberse dado por resuelta y bien resuelta definitivamente, después de la acometida dada por Wagner con aquellos grandes modelos que crearon el *Lohengrin*, la *Tetralogía*, *Tristán é Iseo* y *Parsifal*. Lejos de eso, los libretos de ópera, de cada nueve veces sobre diez, continúan siendo el receptáculo de situaciones á gusto del consumidor, expresadas en versos de *aleluyas* á la altura de *La vida del hombre malo*, *La fiera malvada*, *Don Perlimpín y su historia*, etc.

Últimos modelos de aleluyas libretescas. Uno de ellos lo ofreció, no ha mucho, el maestro Giacomo Orefice, responsable, *vis á vis* de Chopin, de haberlo sacado á la mismísima escena, con la agravante de reproducir toda su música, retazo por aquí, retazo por allá, en la partitura de ópera del nombre del malaventurado pianista. Malaventurado digo, porque no bastaba que su nombre sirviese de calificativo de una peste social, la pianística de las *Chopinas*, mamás é hijas, sino que sus mismas obras cubriesen el pabellón de la mercancia robada, y era lo que faltaba ver, á ciencia y paciencia del pudor artístico y de la dignidad en los procedimientos.

Ese maestro Orefice, ó lo que sea, pone ahora los últimos garrapatos á un *Moisés* que se representará el invierno presente en el teatro Lírico de Milán. Puede asegurarse de antemano que todas las garambainas de que se vestirá esta segunda ópera serán *originales*, á no ser que aparezca por ahí algún fragmento de música legado por el legislador del Sinaí.

Por aquello de bien vengas mal, si vienes solo, ahí va otro último modelo de *aleluya* libretesca, que trata de *cometer* (¡vaya si la cometerá! para que cunda el ejemplo) el maestro Marchetti, dispuesto, al parecer, á escribir una opereta intitulada *Strauss*, en la cual el protagonista será el mismísimo autor de los tan celebrados vales vieneses, contemplando, edificado sin duda, cómo se reproducen en la ópera, á guisa de comentario musical, los motivos más conocidos de sus composiciones. Si Orefice le metió mano á Chopin, maltratándole, como supondrá el lector, el caso es que puede vanagloriarse de haber formado escuela. Ahí está para demostrarlo Marchetti.

Es á todo lo que puede llegar la literatura libretesca, á poner en solfa, como se dice en son de desprecio, y hasta en la picota de sus propias solfas, á Strauss, de quien no sabemos que le acontecieran en vida cosas dignas de ser puestas en opereta y en música de sus mismos vales; y á Chopin, á aquella trinidad viviente de Chopin, como la ha llamado Legouvé en sus *Soixante ans de souvenirs*; á aquella relación misteriosa que

existía entre la persona del pianista de las nostalgias, su mecanismo y sus obras; á aquella organización enfermiza de planta trasplantada, en fin, que á Legouvé le producía el efecto «de un hijo natural de Weber y de una duquesa, de un *tres veces él* que no formaban más que uno solo».

En un libro publicado estos días por Alfredo Bruneau (*Músicos de Rusia y músicos de Francia*), el conocido compositor y crítico francés formula una elocuente protesta contra la literatura libretesca. Muchas, muy duras y muy fuertes protestas se necesitan, en efecto, para que desaparezcan de una vez las cien cabezas de la hidra libretesca. Un examen sumario, pero substancial, acerca de la parte histórica del texto de las óperas y dramas musicales, viene en apoyo de la tesis sostenida con gran energía por M. Bruneau.

Tomo nota de una observación, que me parece que pone en su verdadero punto, y con gran oportunidad, la cuestión suscitada no ha mucho sobre los méritos respectivos de Gluck y de Rameau.

Este último no pudo reformar las deplorables tradiciones del teatro de Lulli, porque imposibilitó la deseada reforma la insuficiencia, realmente capital, de sus libretos, de la cual sufrió su misma música, digna de mejor suerte. «Este orden de cosas—escribe Bruneau—sólo un Gluck era entonces capaz de resolverlas. Si el creador de la tragedia lírica... hubiese limitado sus esfuerzos á una pura reforma melódica é instrumental, de fijo se hallara en el mismo caso fatal que Rameau.

»Voy más lejos todavía: el papel que le tocó desempeñar habría sido menos brillante que el de su predecesor que, desde el punto de vista de la técnica, ni de la invención musical, no admitía ni podía admitir comparación. La gloriosa nombradía que alcanzó Gluck consiste, precisamente, en haber hundido el hierro candente en la llaga viva del poema... La unión de la literatura y de la música, él la realizó en la medida... que supieron y pudieron sus colaboradores: indicó, bien á las claras, á sus sucesores el camino que habían de recorrer; estableció una comunidad y compenetración de

ideas en la cual nadie había pensado, con intensísimo reguero de luz alumbró las tinieblas de pasados errores y de todo un porvenir de gloria.»

Ya ha llovido, por cierto, desde entonces acá. Y, sin embargo, los Orfece y los Marchetti no se han enterado todavía de lo que después de Gluck predicaba nuestro famoso padre Arteaga, y de lo que realizó más tarde Wagner, si admirable como músico reformador, más admirable, si cabe, como creador del drama lírico de los tiempos modernos.

Está en Dios que la ópera, «germen de un gran espectáculo», será para muchos lo que ha sido y será perdurablemente: una excusa para cantar ó bailar, ó bailar y cantar, todo á la vez, lo que no vale la pena de decirse en verso, ni siquiera en prosa.